123 La Hoja del lunes 15 enero 1962

EL ASESINO DE LA NOCHE

por **Joaquín CALVO-SOTELO**
De la Real Academia Española

ESTE camelístico truhán de los espacios llamado Valentín Scerenkov, bola negra en el círculo de mis amistades más estrechas, técnico odioso y, sobre todo, abominable cavernícola soviético, resulta que lleva unos años estudiando la manera de acabar con la noche, y que ayudado de dos compinches de nombre Petrov y Arcisnovic, sabios titulados de la Academia de Ciencias de Moscú, ha presentado en esa corporación, a la que el hecho de que funcione al otro lado del telón de acero no es causa bastante, puesto que soy imparcial, para que le niegue el adjetivo de docta, un proyecto con vistas al decenio inmediato que tiende a crear un día permanente y a eliminar, por tanto, el sucederse de la luz y las sombras a que da lugar la rotación del globo, neutralizándola mediante ingeniosos dispositivos de los que sumariamente nos informa don Emilio Novoa en un artículo de "A B C".

No nos quedaba ya más que esto. Por si la noche no hubiera encogido bastante, de una parte con el alza de la vida y de la otra con las restricciones gubernamentales, he aquí que Scerenkov, el malvado Scerenkov, se dedica a rematarla drásticamente y para siempre. Mala suerte... ¿Qué tendrá la noche, que desde hace algún tiempo es mirada con recelo por unos, con encono por otros y perseguida, directa e indirectamente, sin cuartel? ¿Cuál será la causa que provoca esa enemiga, esa hostilidad feroz? ¡Ah, quién la ha visto y quién la ve!... A principios de siglo ensoñereaba la vida del hombre. Los dietarios de la "belle epoque" se tupían de citas a partir de las horas en que el sol se ausentaba. Mientras lucía en el cielo con más o menos fulgores, según la estación y la latitud, diríase que había poco que hacer. Apenas se ocultaba, los compromisos, las obligaciones amontonábanse y era difícil dar abasto. Yo sé que por esos y otros excesos la noche tiene mala fama y es combatida al alimón desde los púlpitos y el boletín oficial y que estamos a punto de considerar pecaminoso el simple hecho de asomar la jeta por la vía pública apenas despunta la luna; pero yo me rebelo a que se la proscriba, a que se la achique, aunque no sea sino porque

desde que vió la noche Adán por [vez primera

hasta hoy nutre el cincuenta por ciento de la poesía lírica, a la que se infligiría un duro golpe si se la suprimiese como tema literario.

De todas formas, lo que me decide a recoger firmas para un escrito de protesta contra el tal Scerenkov no es la defensa de los vates al uso que, bien o mal, viven de asaetearla con sus metáforas y, al fin y al cabo, la explotan, sino de los trasnochadores que, muy al contrario, viven para ella, lo cual es harina de otro costal. Existe, sí, un grupo de partidarios de la noche que sólo en su seno se encuentran a sí mismos, que sólo trabajan durante la noche—no con menor actividad que los diurnos—y que no simpatizan con la luz natural. La luz natural, reconozcámoslo, deteriora y marchita muchas cosas que a la de de los arcos voltaicos o de las instalaciones fluorescentes toman, sin embargo, cierto vuelo, cierta nobleza. Las calles, verbigracia, las más desastradas de nuestras calles, que lo son tanto, truecan su desaliño en misterio; su vejez, en romanticismo; su ruidoso tráfico, en arropado silencio. De noche, si se nos permite la paradoja, se ve más claro, porque la razón del hombre es, como la pupila de algunos pájaros, más penetrante a la hora del duermévela, del insomnio, de la meditación, que en la mañana. Determinados reflejos, determinadas aptitudes sólo se ponen a punto y se afilan a la caída de la tarde. Chaliapine, al que osaron requerir para que grabase unos discos al mediodía, replicó despectivamente: "Antes de las cinco yo no sé sino escupir..." Un gran número de escritores gargarizan a manera de ensayo mientras anda el sol con sus zancos de luz sobre las cuartillas y las jaspea e irisa caprichosamente. Ayudados por la unificadora y leal bombilla de cien vatios, la pluma—mejor aún, la máquina—corre sin freno, como por una cuesta abajo, hacia el final del artículo, o de la novela, o de la comedia. Fíjense, se lo suplico, que yo no trato de hacer daño al día ni de mermar su imperio. Yo pretendo tan sólo que no se meta nadie en la jurisdicción de la noche, que la respeten, que la dejen intacta, porque un día eterno sería insufrible. Acaso un día pleno, sin manchas, pudiera tolerarse; pero el día lechoso, híbrido, que resultaría de cambiar las tornas, me horroriza. Yo sé algo de eso porque anduve por Estocolmo en San Juan y juro que las famosas noches blancas y el no menos famoso sol de medianoche valen para conquistar turistas y atontolinarlos, boquiabiertos, y que cuenten después, de vuelta en sus pueblos, esos prodigios de barraca; pero valen porque duran pocas fechas, que si no, nadie los aguantaría. La luz de las noches blancas es como el cutis de esas damas estirado artificialmente al que una indisimulable rigidez traiciona, y que cuando sonríen crispan nuestros nervios y se denuncian.

Los apologistas del proyecto cantan las excelencias que traería consigo si se adoptase, y éstas son de tal índole que su complejidad rebasa mi discernimiento. Hablan de la dulcificación del clima, de las posibilidades de nuevas formas de cultivo, de la variación de los perfiles terrestres y de otros fenómenos similares; pero como en el fondo titubean, se adelantan a declarar que, previamente a esa reforma, todos los países de la Tierra, sin discrepancias, deben ponerse de acuerdo. A mí ni me consultarán, que así de despóticamente se gobierna el mundo, y yo, en previsión de que no se me depare una mala urna en que depositar mi voto, dejo constancia ya de mi repulsa. Por de pronto nótese la alevosía con que Scerenkov y sus cómplices se disponen a tomar una plaza que juzgan desguarnecida. Si viviesen don Tirso Escudero, Felipe Sassone o Emilio Carrere, ¿creen ustedes que se hubiesen atrevido?... ¿De dónde, hombre; de dónde?... Ya estarían los tres reunidos, preparando escritos, en El Gato Negro, y Rusiñol les habría mandado desde Barcelona, adhiriéndose, un telegrama, de madrugada, naturalmente.

Pese a nuestra debilidad, y acaso por ella, surge la constitución de una Sociedad de Amigos de la Noche (Soamoche), a la que corresponderá una ardua tarea, y en la que, la verdad, preferiría que no ingresasen—soy hombre escrupuloso—aquellos de sus simpatizantes que lo sean por razones utilitarias. No, no. Yo sé que del Paralelo, de Montmartre, del Yoshiwara, de la Boca, de tantas y tantas barriadas que sin la noche son barriadas a extinguir, me lloverían las asistencias; sé también que un toquecito dado en cualquier sesión de la Bolsa, en el corro de las hidroeléctricas, sería eficacísimo; pero yo no busco la ayuda de esos sectores, aunque todos sean estimables. Yo solicito, esencialmente, la pura e idílica colaboración de los enamorados de la noche por la noche misma, sin que los avillane el interés material; de aquellos para los cuales el crepúsculo es regalo que serena sus nervios y apacigua su espíritu; de los que saborean el amanecer por acostarse tarde, no por levantarse pronto; de esos cuyo ingenio, cuya brillantez y cuya fuerza alcanzan su cenit próxima el alba y a los que el sol les pinta semblante de expatriados. No defiendo, ¡líbreme Dios!, la noche del señorito, sino la fecunda noche de quienes la aman por su silencio y por su intimidad o de quienes toman de ella su legítima cuota de alegría. ¿Está claro? Como andamos dando traspiés desde hace tiempo, ignoro de qué manera acabará la broma y me temo lo peor. Sintetizando en pocas palabras mi postura, yo diría que mi leva convoca para luchar contra los asesinos de la noche—la noche del Génesis, que el Kremlin ataca—a aquellos que saben que su muerte implicaría la de las estrellas.

enviada a Ramón
Carande de
Sociedad E.A. de
Noche (Soamoche)